

SANTA MARÍA EGIPCIACA, LA PENITENTE

Día 3 de abril

P. Juan Croisset, S.J.

Fl año 421, imperando Teodosio el Menor, sucedió la preciosa muerte de Santa María Egipciaca, cuya penitencia y demás admirables virtudes quiso el Señor descubrir al mundo por medio de San Zósimo, como en otro tiempo se valió de San Antonio para manifestar á los fieles la asombrosa penitencia y demás virtudes de San Pablo.

Vivía en un monasterio de la Palestina cierto famoso solitario llamado Zósimo, que criado desde su infancia en los ejercicios de la vida religiosa, y conservando siempre el primer candor de la inocencia, había arribado á una eminente virtud. Merecióse tan elevado y tan general concepto por la pureza de sus costumbres, que el obispo diocesano le ordenó de sacerdote.

Había cincuenta y tres años que vivía Zósimo entregado á los ejercicios de la vida solitaria, cuando se llegó á él cierto monje forastero, y le dijo que pidiese licencia á su abad para acompañarle á otro monasterio no distante del suyo, pero poco conocido. Consintió Zósimo, y, admitido en aquel monasterio, á pocos días conoció su miseria y estuvo muy lejos de tenerse por perfecto cuando vio la sublime perfección de aquellos asombrosos solitarios, cuyo retiro era verdaderamente admirable; su ocupación continua, la oración, el trabajo de manos y rezar ó cantar el Salterio; luego que llegaba la Cuaresma, se retiraban todos á pasarla en el desierto, de esta manera: Celebrábase la primera Dominica de Cuaresma una Misa muy solemne, en que comulgaban

todos los monjes; recibían la bendición de su abad; despedíanse unos de otros tiernamente, dándose ósculo de paz; abríase la puerta del monasterio; salían todos, y, pasando el Jordán, cada uno se retiraba á lo más profundo y escondido del desierto, hasta el domingo de Ramos, en que todos debían volver al monasterio.

Pasó Zósimo el Jordán con los demás monjes. Veinte días había que corría aquellos espaciosísimos desiertos, cuando, parándose hacia la hora de medio día á cantar salmos, según su costumbre, advirtió á alguna distancia una como fantasma ó sombra de cuerpo humano que corría aceleradamente. Era una mujer que iba huyendo de aquel hombre. Fue hacia ella con apresurado paso, y cuando se halló á distancia en que, á su parecer, podía ser oído, levantó la voz, y dijo: *Siervo de Dios: ruégote, por aquel Señor á quien sirves, que te detengas y me aguardes.* Hízolo la mujer luego que se metió en una especie de foso ú hoyo, donde de algún modo podía encubrir su desnudez. Cuando el santo viejo se iba acercando hacia el borde, oyó una voz que le dijo: *Padre Zósimo: echa tu manto á esta pobre pecadora, si quieres que reciba tu bendición y pueda hablarte...* Oyéndose Zósimo nombrar por su nombre, no dudó que aquella persona, á quien Dios se le había revelado, era un alma de grande santidad. Arrojárle su manto, y, habiéndose cubierto la Santa, salió del hoyo y se fue hacia el santo viejo; éste se puso de rodillas y le pidió su bendición; pero la Santa, postrándose á sus pies, le dijo: *¿Te has olvidado, Padre, de que eres sacerdote y de que á ti te toca darme tu bendición, y rogar á Dios por la mayor y más miserable pecadora que ha habido en el mundo f*

Concluida esta pequeña contienda de humildad, y levantándose los dos, rogó Zósimo á la Santa le dijese quién era y cuánto tiempo había que vivía en aquel desierto. *Si haré,* respondió ella; *pero hagamos primero*

oración, y después te responderé. Volvióse hacia el Oriente ; levantó las manos y los ojos al cielo, y pasó algún tiempo en oración. Oraba también Zósimo, y, volviendo casualmente los ojos hacia ella, la vio cercada de luz. Entonces imaginó si acaso sería algún espíritu ó alguna fantasma. Ni uno ni otro soy, exclamó la Santa, tornándose hacia el santo viejo: Soy un poco de polvo y ceniza, que no merecía ver la luz del día; pero, aunque vil y miserable, soy cristiana. Sábeta, Padre, le dijo, que aquel buen Pastor, que tiene tanto cuidado de las ovejas descarriadas como de las que nunca salieron del redil, no te ha enviado aquí sin altos fines; sea su nombre eternamente bendito. Yo soy una pobre mujer, natural de Egipto, que, habiendo dejado la casa de mis padres á los doce años de mi edad por vivir á mi libertad, me fui á Alejandría, donde me entregué á todo género de disoluciones por espacio de diez y siete años. No pecaba por interés, pecaba únicamente por pecar; no pretendiendo más premio del pecado que el pecado mismo. Creeré que hasta ahora ninguna mujer ha perdido en el mundo á tantas almas, y que el Infierno no ha suscitado en él cortesana más perniciosa que yo. Viendo un día que concurría hacia el mar una gran multitud de gentiles para embarcarse, pregunté adonde iban, y, habiéndome informado de que pasaban á Jerusalén á celebrar la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, me dio gana de seguir á la muchedumbre. Embargúeme, y me estremezco de horror cuando me acuerdo de los abominables escándalos de que llené á todo el navío. Viví en Jerusalén como había vivido en Alejandría, con el mismo desorden, con la misma disolución, con la misma desvergüenza. Llegado el día de la fiesta, concurrí con los demás á la puerta, de la iglesia para adorar á la Santa Cruz; pero, al querer entrar, me detuvo poderosamente una mano invisible. Quedé tan sorprendida como sobresaltada; hice nuevos esfuerzos, pero todos fueron inútiles; cuanto más forcejeaba, con

tanta mayor fuerza era repelida. Abrí los ojos del alma, y conocí que mis enormes culpas eran las que me hacían indigna de ver y de adorar el sagrado madero en que Jesucristo obró nuestra redención. Llena de confusión, y deshaciéndome en lágrimas, comencé á mirar con horror mis gravísimos pecados; á la confusión se siguió inmediatamente el dolor, y, toda turbada, me senté en un rincón de la plaza, donde enteramente me abandoné al llanto, al arrepentimiento, á los gemidos, á los suspiros más vehementes, que arrancaba el dolor de lo más íntimo del pecho. En medio de esta desolación, levanté casualmente los ojos hacia arriba, y vi enfrente de mí una imagen de la Santísima Virgen. Acordándome entonces de haber oído decir muchas veces que María era madre de misericordia y refugio de pecadores: Madre de misericordia, exclamé, tenedla de esta infeliz y miserable criatura; refugio sois de pecadores; pues, siendo yo la mayor de todas cuantas ha habido, parece que tengo algún particular derecho á vuestra especial protección. No merezco, Señora, que mi Dios derrame sobre mí aquella abundancia de gracia que derrama hoy sobre tantas almas fieles como se aprovechan de la sangre de Jesucristo; pero, á lo menos, no me neguéis el consuelo de ver y adorar en este día el sacrosanto madero en que mi dulce Redentor obró la salvación de mi alma. Yo os prometo, Señora, que después de este favor, que espero de vuestra clemencia, me iré prontamente á un desierto á llorar por todos los días de mi vida mis enormísimas culpas, y á vivir tan retirada del mundo, que pierda del todo hasta su infeliz memoria. Animada entonces de una extraordinaria confianza, me levanto intrépida, parto á la iglesia apresurada, y entro en ella sin resistencia, como todos los demás. Allí, penetrada de un religioso temor, y despedazado de dolor el corazón, me postro ante aquella preciosa prenda de nuestra redención, y, detestando amargamente mis maldades, dejo regado el suelo con mis lágrimas. Hecha esta diligencia, vuelvo con nuevo

aliento al sitio donde estaba la imagen de la Santísima Virgen, y, puesta de rodillas, le digo con la mayor confianza: Madre de misericordia: después de Dios, vuestra es la obra de mi conversión; no dejéis imperfecto lo que habéis comenzado; indigna soy de vuestros favores, pero no de vuestra compasión; en Vos coloco toda mi esperanza después de Jesucristo; os prometí dejar el mundo; aquí estoy á cumplir lo que ofrecí; dadme á entender lo que debo hacer, y sed mi conductora en el camino de la salvación. Apenas acabé de hacer esta oración, cuando oí distintamente una voz como á larga distancia, que me decía: Pasa el Jordán, y hallarás descanso. Pasé el Jordán en un bajel, y entré en este dichoso desierto siendo de edad de veintinueve años; sin que, en cuarenta y siete que ha que estoy en él, haya visto otra persona que á ti. Pues ¿de qué te has mantenido?, la replicó Zósimo.—El poco pan que traje, respondió la Santa, se acabó presto: después no he comido más que hierbas y raíces.—¿Yte ha dejado en paz el tentador?, la preguntó el santo viejo.—No quieras, Padre, obligarme, prosiguió la Santa, á que te cuente las espantosas tentaciones, los horribles combates, las terribles pruebas á que me vi expuesta por espacio de diez y siete años.

Como vio Zósimo que se valía de algunas palabras y lugares de la Sagrada Escritura, la preguntó si los había leído. *Nunca he sabido leer*, respondió la Santa, *pero el Señor lo suple todo cuando es su santísima voluntad.* Diciendo esto se levantó, y, encargándole el secreto mientras ella viviese, le rogó que el año siguiente volviese á verla el día de Jueves Santo y la trajese la Sagrada Eucaristía para poder comulgar. *Hasta ese día, añadió con espíritu profético, no saldrás del monasterio ni estarás en estado de poder salir; pero ese día vendrás á la orilla del Jordán, y en ella me encontrarás;* con lo cual le pidió su bendición y se retiró.

Llegada la Cuaresma siguiente, se halló asaltado de una ardiente calentura, que le molestó por toda ella y no le permitió salir del monasterio hasta el Jueves Santo, según la profecía de la Santa. Este día, obtenida particular licencia de su abad, salió del convento y llegó ya muy tarde á la orilla del Jordán, llevando consigo la Sagrada Eucaristía. Apenas llegó, cuando á la luz de la luna descubrió á la Santa en la orilla opuesta. Era la dificultad cómo había de pasar el río; mas la Santa, hecha la señal de la Cruz, caminó sobre el agua como pudiera por tierra firme. Atónito y asombrado Zósimo, se puso de rodillas; mas la Santa le levantó, recordándole que era sacerdote y diciéndole que mirase lo que traía consigo. Prostrada después á presencia del Santísimo Sacramento, y deshaciéndose en lágrimas, pidió al Padre que rezase el *Credo* y el *Padrenuestro*. Acabadas estas oraciones, le dio el Santo la Comunión; y ella, levantando los ojos y las manos al Cielo, exclamó diciendo: *Ahora, Señor, dejad ir en paz á vuestra sierva según vuestra divina palabra, pues han visto mis ojos la salud que viene de Vos; y vuelta después á Zósimo, le dijo: Padre: otra gracia tengo que pedirte, y es, que la Cuaresma que viene tengas á bien de volver á aquella parte del desierto donde me viste la primera vez, y allí me hallarás como Dios fuere servido.*

Llegado el año siguiente y el tiempo acostumbrado en que los monjes se retiraban al desierto, salió Zósimo hacia aquella parte de él donde dos años antes había encontrado á nuestra Santa la primera vez; yendo ahora muy prevenido para no olvidarse de preguntarla su nombre, como se había olvidado en las dos ocasiones precedentes. Pero ya la encontró muerta, tendido en tierra el cadáver, tan fresco como si acabara de expirar, y junto á él, escritas en la arena, estas palabras: *Padre Zósimo: entierra aquí por caridad el cuerpo de la pobre María, que murió el mismo día de Viernes Santo, luego*

que recibió la Sagrada Comunión, y no te olvides de rogar á Dios por ella.

Enternecióse Zósimo á vista del santo cuerpo, y derramó algunas lágrimas. Hecha después oración, vio venir hacia él, de lo interior del desierto, un león de extraordinaria grandeza. Al principio se sobresaltó, pero serenóse presto, viendo que la fiera se acercaba mansamente hacia la Santa y como que la besaba los pies; arrimándose después al mismo Zósimo, comenzó como á halagarle con blandos movimientos de la cola. Hecho esto, abrió con las garras un hoyo bastante profundo, y, volviéndose á emboscar en el desierto, dejó libertad á Zósimo para enterrar el santo cuerpo, como lo hizo, cantando los salmos y las demás oraciones que acostumbra la Santa Iglesia en estos casos. Concluido este piadoso oficio, regresó Zósimo á su monasterio, donde contó lo que había visto, del modo que lo acabamos de referir.

La Misa es en honor de Santa María Egipciaca, del común de las santas, ni vírgenes ni mártires, y la oración la siguiente.

Oye, Señor y Salvador nuestro, nuestras súplicas, para que así como nos alegramos en la festividad de Santa María Egipciaca, así también recibamos el fervor de una devoción verdadera. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 5 del apóstol San Pablo á los efesinos.

Hermanos: Cuidad de caminar cautamente, no como ignorantes, sino como sabios,, recobrando el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis

imprudentes, sino entended cuál sea la voluntad de Dios.

REFLEXIONES

Mirad, hermanos, caminad con cautela, como prudentes, y no como necios ó como aturdidos. ¿Puede haber mayor imprudencia que entregarse á un mar borrascoso y lleno de escollos, sin provisión, sin remos, sin velas y sin piloto? ¿Puede haber mayor locura, mayor temeridad que caminar sin armas por país enemigo? ¿Puede haber más necia ni más lastimosa extravagancia que andar y más andar de día y de noche, sin término, sin objeto, sin saber dónde se va; que meterse con los ojos cerrados en un camino fragoso, pantanoso y lleno de precipicios? ¡A cuántos se podrá decir con toda verdad: Tú eres el que cometes esa extravagancia, tú el que haces esa insigne locura!

Es el mundo un mar famoso por sus naufragios. Navéguese por él á vela tendida, ó navéguese á fuerza de remos, no por eso dejan de encontrarse menos piratas ni menos escollos. No hay hombre en este mundo que no sea navegante. Es la vida, por decirlo así, como un brazo de mar: todos navegan por él; pero ¿piensan todos adonde caminan?

¡ Cosa extraña! Tendríase mucha lástima, tratariase de mentecato á un pobre hombre que todo el día anduviese dando vueltas sin objeto, sin saber adonde iba; y esos jóvenes divertidos, eternamente descuidados sobre su último fin; esos hombres de negocios, esos esclavos de los placeres, esos mundanos tan ignorantes, tan insensibles en punto de religión, ¿se han de tener por prudentes y por discretos? Decidme, pobres hombres, ¿sabéis cuál ha de ser vuestra suerte?

El Evangelio es del cap. 7 de San Lucas.

En aquel tiempo: He aquí que una mujer que era pecadora en la ciudad, luego que entendió que Jesús comía en casa del Fariseo, tomó un alabastro de unguento, y, estando detrás de sus pies, comenzó á regar con lágrimas los pies de Jesús, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y los unguía con unguento.

MEDITACIÓN

De la dulzura de la penitencia.

PUNTO PRIMERO. — Considera que se forma una falsa idea de la penitencia, cuando se concibe llena de amargura y de disgustos. La corteza es amarga, pero el fruto es dulce. Puédese, á lo menos, comparar con las aguas del Mará, cuya amargura se convirtió en un gusto grato y suavísimo, luego que Moisés sumergió en ellas aquel leño, figura de la cruz del Salvador. (*Exod.*, 15.) Los sentidos, las pasiones, el amor propio encuentran, á la verdad, en la penitencia aspereza y desabrimiento; mas el alma, que es la que únicamente la toma bien el gusto, la experimenta llena de una exquisita dulzura. ¿Qué cosa más dulce, qué gusto más delicioso, qué alegría más llena ni más sólida que la paz de Dios, la cual, como se explica el Apóstol, *excede á todo sentido?* (*Philip.*, 4.) Pues esta dulcísima paz es fruto de la penitencia. Formemos concepto de esta dulzura, cotejándola con los penetrantes remordimientos de una conciencia delincuente, con aquellas inquietudes que despedazan el alma, con aquellos sobresaltos, frutos naturales y necesarios del pecado.

i Qué gozo no causa en todo el reino una amnistía ó perdón general del soberano! i Qué consuelo el de un hijo rebelde cuando sabe que su padre le ha perdonado! Pues no es menos el que experimenta un alma

verdaderamente mortificada y penitente; cada acto de mortificación es como una nueva prenda del perdón de sus pecados; es una bien fundada presunción de que el Señor la ha restituido á su gracia. Las espinas sirven de defensivo no menos al fruto que á la flor, pero sin comunicarles sus puntas. Por más que los sentidos se estremezcan, por más que se queje el amor propio, gusta el alma exquisita dulzura cuando se deja percibir en ella la unción de la divina gracia, qué siempre acompaña á la verdadera penitencia. En estando serena la conciencia, el corazón está contento.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que esta dulzura de la penitencia consiste propiamente en aquella paz del alma después que se convirtió á su Dios; en aquella suavidad interior, en aquella secreta alegría, en aquella dulce esperanza, en aquella confianza filial, que hacen gustar con anticipación á las almas mortificadas y penitentes las alegrías del Cielo; en fin, en aquellas tiernas lágrimas, llenas de consuelo, que tal vez derraman á los pies de un Crucifijo, en las cuales hallan placer más delicioso, gusto más exquisito que todas las fiestas y diversiones del mundo. De aquí nacen aquel semblante siempre risueño y apacible, aquella tranquilidad, aquella paciencia inalterable, aquella constante igualdad de humor que se observa, por lo común, en los hombres más penitentes. El agrado, la dulzura con que tratan á sus hermanos, es prueba evidente de la que gozan en su corazón. Consultemos el parecer de todos los santos; pongamos los ojos en Santa María Egipciaca, entre los horrores del desierto. ¿Quién la pudo tener en él por tantos años? La gracia del Redentor; no tiene duda. Pero si esta gracia no encerrara el secreto de hacer dulce la soledad, agradable la estancia espantosa del desierto, fáciles las penitencias más asombrosas, y delicioso el continuo ayuno, ¿creeríamos que una mujer joven, delicada, criada entre las delicias del mundo, pudiese pasar tantos años

en los ejercicios rigurosos de tan asombrosa penitencia?

¡Dios mío, cuántas vanas aprensiones se disiparían en punto de penitencia con un poco de reflexión y con un mucho de religión! Disponed, Señor, que las que acabo de hacer no sean inútiles. Conozco que debo hacer penitencia; sería el hombre más infeliz si me muriera sin haberla hecho. Aunque no hallara en ella más que amarguras, siempre sería para mí muy saludable; pero, siéndome tan necesaria, no puedo ya dilatarla para otro tiempo.

JACULATORIAS

Dadme, Señor, á gustar aquella alegría que es prenda de la paz con Vos.—*Ps.* 50.

Si, Señor: á proporción de las mortificaciones con que he macerado mi cuerpo, son los consuelos con que habéis regalado á mi alma.—*Ps.* 93.

PROPÓSITOS

1. La penitencia sólo es amarga en la idea de los que jamás gustaron los frutos de ella. ¡Cosa extraña! Todo asusta á los sentidos cuando se ofrece hacer alguna mortificación por amor de Dios; y estos mismos sentidos se conservan muy serenos, siempre que el mundo, la pasión ó el interés los presenta el propio objeto. Haz hoy alguna reflexión sobre los trabajos que has padecido, sobre las mortificaciones que has tolerado, sobre lo que has tenido que sufrir por el mundo, por tus amigos, por satisfacer una pasión, por algún interés ó por alguna condescendencia; y compara estas penitencias inútiles y amargas con la que has hecho por tus pecados. ¡Qué desigualdad! Contentaríase Dios con que hubieses hecho por su amor mucho menos de lo que has hecho por el

mundo. Y ¡qué consuelo sería ahora el tuyo si hubieras padecido algo por amor de Dios! ¡ Qué alegría, qué satisfacción se siente en la Pascua cuando se pasó la Cuaresma en ejercicios de penitencia! Y cuando tú mismo has padecido algo por motivo de religión, ¡qué gozo es el tuyo! Si no lo has experimentado hasta ahora, haz luego la experiencia. Resuélvete á mortificarte hoy con espíritu de verdadera penitencia, y á la noche gustarás el dulce consuelo que te producirán tus mortificaciones.

2. Pero son muy inútiles los propósitos vagos é indeterminados; para que sean eficaces, es menester descender á cosas particulares: primero, en lugar de irte á pasear ó hacer alguna visita, cuando menos inútil, vete á una iglesia á llorar á los pies de Jesucristo tantas bellas horas como has perdido en vanos entretenimientos; segundo, hay mil pequeñas industrias para mortificar el cuerpo sin detrimento de la salud. Estar de rodillas sin arrimarse; privarse de ciertas diversiones, por otra parte permitidas, á que se tiene inclinación; prohibirse por espacio de un año de ciertos manjares, ciertas frutas, ciertas golosinas á que inclina vehemente el apetito; negarse ciertas delicadezas, que, en suma, no son más que refinadas invenciones de la sensualidad; no comer jamás sin sazonar la comida con alguna mortificación; en fin, hacer todos los días, ó á lo menos en determinados días de la semana, y singularmente las vísperas de las fiestas, y aun los mismos días de comunión, algunas penitencias con aprobación del confesor. Las dulzuras interiores que acompañan de cerca á estos piadosos ejercicios te convencerán presto de que los frutos de la penitencia solamente son amargos en la aprensión de los que jamás los gustan.